

Este artículo creo corresponde
al 29 de Charrems de 1952
ver el verso Liberto de Santa Fe

La conspiración alrededor de la muerte del obispo Irurita

Evocación del prelado mártir en el XXI aniversario de su inmolación



El Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Manuel Irurita y Almandoz, en Pamplona.

Reproducimos de nuestro colega de Barcelona "El Correo Catalán" el siguiente artículo sobre el Obispo y mártir navarro Dr. Irurita:

La jornada del 4 de diciembre es una fecha memorable para la historia de la diócesis de Barcelona, cuya perennidad no debemos permitir sea olvidada y pase a la categoría de hecho desconocido, como sucedería de no recordarlo a las nuevas generaciones. En la madrugada del 3 al 4 de diciembre de 1936 el Pastor de la diócesis, el doctor Manuel Irurita que venía regentando la Sede Episcopal barcelonesa, desde 1930, fué inmolado en el cementerio de Moncada. El hecho de la muerte violenta del Pastor de la grey barcelonesa es tan singular, que para encontrar un acto similar, hemos de trasladarnos a los primeros siglos de la Era cristiana, el martirio de San Severo.

En la muerte de aquel celoso Pastor se concentró aquella diabólica consigna de aquí no pasa nada. Su muerte, ejecutada en la más absoluta clandestinidad, no tuvo el más pequeño eco público. En los días posteriores a aquel inolvidable crimen, la Prensa de nuestra ciudad no hizo la menor alusión a tan destacado acontecimiento. Unos pocos, los relacionados con los compañeros de mar-

tirio se informaron de aquella inmolación. La maniobra de silencio alrededor de aquella muerte tuvo tal éxito, que llegó a influir sobre sus numerosos admiradores que se negaban a reconocerla como verídica. Así se explica que los mismos informadores que acompañaban a las tropas nacionales en su entrada a Barcelona, estaban convencidos que el doctor Irurita había sobrevivido a la persecución religiosa, habiéndonos costado no poco convencerles de tan triste realidad. Este conjunto de circunstancias, malévolas unas, apasionados por el más vivo afecto otras, desdibujaron la muerte del doctor Irurita y nos obligan a insistir en la conmemoración de su muerte y hacer revivir las circunstancias de aquella inmolación y de la previa pasión.

LA PASIÓN PREVIA A SU MUERTE

La muerte del prelado de Barcelona fué precedida de una verdadera pasión y que no duró pocos días, sino tres meses y medio. Su calvario empezó al iniciarse la persecución el 19 de julio de 1936. Aislado en su palacio, sin otra compañía que dos fieles servidores, permaneció los tres primeros días en su residencia oficial. En la mañana del 21 de julio, los clamores de una turba armada que estaban asaltando el Palacio Episcopal, le obligaron a abandonar su residencia por una puerta trasera. El terror que rápidamente iba apoderándose de toda la ciudad, y que también había prendido en el hogar que fué a esconderse al salir del Palacio Episcopal, le obligó a abandonar aquel primer refugio. Al salir a la callejuela de Montjuich, el Obispo se encontró con el valeroso católico Antonio Tort, que al llegarle el rumor de que estaban asaltando el Palacio Episcopal salió de su casa en busca del Pastor perseguido. Habiéndolo reconocido el señor Tort, a pesar del disfraz del guardapolvo y comprobando que era conducido por persona piadosa a lugar desconocido, le invitó a trasladarse a su vecino domicilio de la calle del Call, con la edificante frase, tan rara en aquellos días, de "S. E. se viene a mi casa". Así entró el Dr. Irurita en el hogar de la familia Tort en la mañana del 21 de julio, mientras empezaba el saqueo del Palacio Episcopal y el oleaje de fuego llegaba a la Plaza Nueva devorando la documentación de la Curia Diocesana.

En aquel piadoso refugio, convertido en un pequeño convento, descrito por el mismo Dr. Irurita con estas palabras: "Aquí hacemos vida de comunidad, cuatro religiosas, dos sacerdotes, Santa Misa diaria, una familia muy santa, y don Antonio, el hombre admirable, etc.", permaneció tres meses y medio. Su vida durante aquel dramático período, constituyó una verdadera pasión y santa preparación para el martirio.

Aunque comunicado de sus colaboradores, le iban llegando las noticias de aquel trágico balance del incendio de la totalidad de las iglesias de la Diócesis, de las innumerables profanaciones del Santísimo Sacramento, y de la muerte de numerosos miembros del clero secular y regular, que no podían menos que desolar su corazón pastoral.

Las noticias que tenemos de su vida en aquel ejemplar hogar son de la máxima edificación. Alimentado con el Pan Eucarístico, cosa bien excepcional en aquellos primeros días de la revolución, y del que participaban todos los miembros de aquella numerosa familia, pasaba la mayor parte de las horas al pie del Sagrario pidiendo al Señor fortaleza ante aquella dura prueba y a la Virgen de Nuestra Señora de la Merced, que presidía el oratorio, liberación de aquel cautiverio colectivo.

Dos anécdotas queremos recoger contadas por una de las Religiosas Carmelitas que formaban parte de aquella comunidad, reveladoras del espíritu sobrenatural que informó su vida durante aquel período. Dice la Madre Torres en su crónica: "Al informarnos de la muerte del Obispo de Lérida fueron los días en que vimos al señor Obispo más apenado. Nos decía: ¿Será cobardía el permanecer escondido estoy y no salir a defender los intereses de Cristo? ¿Será que no soy digno de la gracia del martirio?" La otra anécdota se refiere a su reacción contra los promotores de la persecución religiosa y de su persona. "Habiendo sido acusado en un mitin de falsario y pastor mercenario, nos dijo sonriendo: Pocos saben y creen que todas las noches les bendigo y ruego por ellos". Acto de caridad sacerdotal que en otro lugar de dichas memorias está descrito con estas palabras: "Por las noches, después de cenar, salía al balcón detrás de las cortinas para no ser visto, y desde allí, como se divisaba el edificio de la Generalidad, bendecía a sus moradores y rezaba por ellos".

SU DETENCIÓN Y ASESINATO

En el descrito ambiente discurren aquellos cien días de indescriptible terror, alternando el optimismo con el pesimismo, según el tono de las noticias de la guerra que llegaban a su conocimiento soñando presidir los grandes actos de la restauración del Culto público, y, cuando empezaba a decrecer la virulencia de la persecución religiosa, a primeras horas de la tarde del primero de diciembre de 1936, irrumpió en aquel refugio un numeroso grupo de gente armada que después de minucioso registro y total saqueo, prendió al doctor Irurita su familiar, las dos religiosas y al señor Tort, Francisco, su hermano Antonio y a la hija

(VUELVE A QUINTA PAGINA.)

La conspiración

(VIENE DE ULTIMA PAGINA)

del primero, señorita Mercedes llevándoselos a todos, al anochecer, al local de las patrullas de control de la calle de Pedro IV. Aquellas horas fueron las más dolorosas del afligido Pastor, pues tuvo que presenciar aquel espectáculo de profanación, devastación y pillaje de los objetos sagrados depositados en el domicilio del señor Tort. El hecho de que uno de los milicianos que acompañó a los detenidos llevara la casulla puesta, revela el sacrilego espectáculo que se desplegó ante sus ojos. Después de un primer interrogatorio en el local de las patrullas, cerca de la medianoche, todo el grupo fué trasladado a la cárcel del convento de San Elías.

No tenemos muchas noticias de lo ocurrido en aquellas dramáticas horas pero la Madre Torres narra que el señor Obispo, en voz baja, le dijo en la calle de Pedro IV "Animo, María, valor y a dar la vida por Cristo" Que la señorita Tort se despidió del Prelado besándole la mano. Una de las escenas que conocemos y revelan su entereza sacerdotal, fué lo ocurrido al preguntársele si había celebrado Misa en los anteriores meses, a lo que contestó "No he dejado de celebrar ningún día, y si aquí me dejan también lo haré; el mundo se sostiene por el Sacrificio de la Santa Misa". Una reacción similar tuvo al quitarle el Rosario en

uno de los registros de que fué objeto, que reclamó con voz firme, diciendo: "No puedo vivir sin mi Rosario" Entre burlas y risas se lo tiraron y él lo recogió y besó.

Después de cuarenta y ocho horas de estancia en la cárcel de San Elías, en la madrugada del 3 al 4 de diciembre, fué conducido al cementerio de Moncada y allí inmolada su vida en compañía de su fiel familiar y los hermanos Tort. Aunque desconocemos las incidencias de los últimos momentos, sabemos la inmediata reacción que se produjo unas horas después entre los responsables de aquellas muertes, que llamaron a la Madre Torres y le preguntaron si el sacerdote llamado don Manuel era el Obispo de Barcelona testimonio, a nuestro entender de que no solamente declaró su condición de sacerdote sino de Obispo de Barcelona.

La conmemoración de la muerte del Obispo Irurita, además de un homenaje a aquel celoso Pastor, lo hemos de considerar como un tributo de simpatía a los 900 Sacerdotes, Religiosos y Religiosas de la Diócesis de Barcelona inmolados durante los diez primeros meses de la persecución religiosa. Al margen de la declaración oficial de su martirio que incumbe a los altos organismos de la Iglesia, no debemos olvidar el hecho histórico y apologético sin antecedentes en la historia de nuestra Diócesis.